

## KEANE, BURTON Y EL PREMEDITADO ARTE DE REVIVIR A UNA ARTISTA

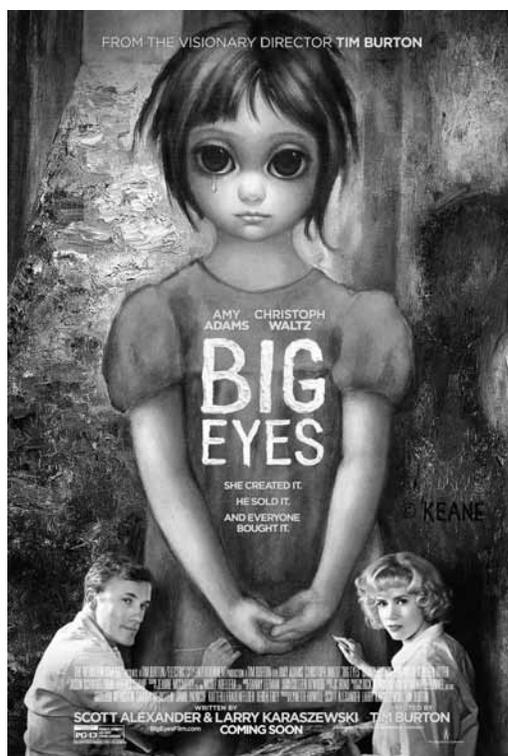
Avín Vázquez

“El arte es arte hasta que alguien lo decide”, reza uno de los personajes en la más reciente producción cinematográfica del director norteamericano Tim Burton, “*Big Eyes*”. Pero, ¿qué tan cierta es esta frase?

Durante años, el eterno debate por determinar qué o quién da valor a una obra para que logre convertirse en arte, ha quedado inconcluso. Mientras los más románticos creen que se debe a un amplio bagaje de conocimientos técnicos y estéticos, además de una sensibilidad única para capturar el momento; hay quienes consideran que el arte es un mero negocio, después de todo el artista más cotizado será el que venda más obras y, por lo tanto, el más famoso.

Así es, el arte es un negocio o al menos eso es en lo que lo hemos convertido, y en el mercado del arte intervienen —como en cualquier negocio— no sólo el artista, sino el curador, el coleccionista, el vendedor, los medios... toda una empresa dedicada a sacar provecho a una obra que, uno nunca sabe, podría convertirse en la próxima Mona Lisa, que se espera pueda ser cotizada en millones de dólares y brindarle a su autor fama y fortuna, incluso después de su muerte. Sin embargo, la pregunta permanece, quién o qué determina si una obra es o no arte.

En la continuación de querer encontrar la respuesta, llegamos también a la labor del crítico de arte, una persona, preferentemente estudiada, que se dedica a realizar una valoración estética sobre cualquier obra desde distintas perspectivas: la académica, la literaria y la periodística. La teoría nos enseña que no cualquier puede ser artista, pero tampoco cualquier puede ser crítico de arte... ¿O sí? Mientras vamos encontrándonos con más



interrogantes, regresamos a la premisa que nos llevó hasta este embrollo, la valoración de una pieza y su autor.

Margaret Keane es una pintora, vio la luz de la fama a finales de los años 50 y principios de los 60, empero, sus inicios como artista los vivió en el anonimato, opacada por su esposo Walter Keane, quien por más de diez años se adjudicó la autoría de las obras que retrataban a niños, mujeres y animales con una seña muy particular: unos gigantescos y perturbadores ojos. Aclararé que la vida de Keane, misma que se relata en la cinta, no es el objeto de mi análisis, sino la popularidad que alcanzó aun cuando la crítica más especializada de su tiempo la consideraba “demasiado *kitsch*”.

Andy Warhol, Jasper Johns, Roy Lichtenstein se encontraban viviendo sus mejores momentos, mientras que Keane, quien efectivamente vendía sus obras como pan caliente (no olvidemos que gracias y bajo el nombre de su esposo Walter Keane), seguía sin ser considerada y reconocida como una verdadera artista por la crítica.

Calificativos como vulgar, poco creativa y versátil y aburrida se encontraban en los diarios de la época, restándole valor a Keane y a sus famosos niños de ojos melancólicos desproporcionados. John Canaday, crítico de arte del *New York Times* afirmó sobre uno de sus trabajos más importantes, expuesto en la Feria Mundial de Pintura: “Este fraudulento trabajo sin gusto, contiene cerca de 100 niños y por lo tanto es 100 veces más malo que el promedio de los Keane.” Tras dichas afirmaciones, la feria removió la pintura.

Y es que no es de extrañarse, Margaret fue obligada a pintar cuadros como si fueran galletas, instalando una



Margaret Keane y Walter Keane

maquila oculta en un rincón de su casa al que nadie tenía acceso y en el que se acuartelaba por horas y días a crear cuadros en serie. La idea rosa del artista inspirado para dar vida a su obra se desvaneció, pero el negocio continuó siendo rentable hasta nuestros días. Si Margaret tenía o no talento, si era o no artista, no importaba; su esposo se dedicó muy bien a mantener el negocio haciendo relaciones públicas, distribuyendo obras en panfletos y tarjetas, incluso en fotocopias y abriendo su propia galería. Keane se convirtió en el nuevo arte de las masas. A pesar de la crítica, las celebridades de Hollywood estaban dispuestas a pagar enormes fortunas por un retrato suyo con ojos grandes.

Y la historia se repite. El arte imita a la vida y la vida imita al arte. Es un hecho que los especialistas nunca aceptaron la legitimidad de Keane, entonces por qué Tim Burton habría de tomarse la molestia de filmar una película sobre su vida reviviendo las obras de quien fuera considerada vulgar y aburrida.

Algunos tendrán la fortuna de conocer a Keane desde hace algunos años, otros comenzarán a conocerla a partir de que Hollywood exponga su vida en las salas de cine. Una vez más nos vemos influenciados por el juicio subjetivo de otro artista que considera que porque a él le gustan los cuadros de niños con ojos grandes, entonces debe gustarle al resto del mundo, planteando la idea de que “en su tiempo” Keane no fue valorada como debía y que todos debemos apreciar su talento aun después de 40 años.

Si Keane fue buena o mala artista, es lo de menos. Nuestro gusto está condicionado; nos encontramos inmersos en la cultura de la memoria y la nostalgia. Lo



Margaret Keane y la actriz Amy Adams, quien la interpreta en el film

antiguo, lo vintage es mejor que lo actual y eso vende. Tanto en la vida real y en su época más prolífica, como ahora, en el cine, la obra de Keane es buena porque es famosa y luego de ser exhibida en las ceremonias de premios recobrará su valor. Burton revivió a Keane como Madonna revivió a Frida Kahlo en los años 90. Basta una pequeña afirmación de un reconocido personaje de la cultura popular para que la historia de una mujer divorciada dé un giro inesperado y se convierta en una de las artistas más admiradas de la actualidad.

Pronto seremos observados por ojos grandes de réplicas e impresiones que serán puestas en los diarios y posteadas en las redes sociales. Keane se convertirá en “la nueva” artista favorita de muchos jóvenes y sus obras, hasta las más añejas, recobrarán fuerza.

Así, el arte entonces no arte sino hasta que alguien le da valor y los demás lo aceptan sin importar el bagaje artístico, las habilidades técnicas o estéticas, la crítica, la inspiración y el romanticismo. El arte es arte si nosotros así lo decidimos. ☑

**Avin Vázquez** (Ciudad de México, 1980). Mexicana, licenciada en Comunicación Visual por la Universidad de la Comunicación. Colaboró en el Grupo Expansión, en UNIVISIÓN y es actualmente coordinadora editorial de una Agencia de Publicidad mexicana.